

rones esforzados, sino delicadas doncellas y aun tiernos parvulillos. ¡Qué felices seríamos si aquel primitivo fervor de la caridad se conservase entre nosotros! El Padre San Agustín se lamentaba ya en su tiempo al ver amortiguado el fuego del amor de Dios. Dos amores, dice el Santo Doctor, fundaron dos ciudades: el amor de Dios, hasta el desprecio de sí propio, edificó la hermosa ciudad de Jerusalén; y el amor propio, hasta el desprecio de Dios, edificó la infame ciudad de Babilonia. Jerusalén es la ciudad del cielo y Babilonia la del infierno. ¿A cuál de estas dos ciudades pertenecemos? Si amamos á Dios, procurando evitar el pecado, y mostrándole de este modo nuestro reconocimiento, no hay duda que somos moradores de Jerusalén: pero si por el contrario vivimos envueltos en las cadenas de la sensualidad y los demás pecados, pertenecemos á Babilonia. ¡Ah! Qué diferencia tan notable existe entre nuestra conducta y la de los primeros cristianos. Los acabamos de considerar prefiriendo la más cruel muerte al pecado; y esto cuando como acabamos de decir se les exigía tan solamente una infidelidad á Jesucristo. A nosotros no se nos amenaza con tormentos ni con la muerte, y tan solo se nos exige fidelidad á las promesas que hicimos al ser regenerados por el agua sacrosanta del Bautismo. ¿Y cuáles fueron estas? Renunciar á Satanás, á sus pompas y á sus obras. Sin embargo, cual si no estuviésemos obligados á cumplir tan solemnes promesas, cual si no conociéramos la gravedad del pecado mortal, que desfigura en nosotros la imagen de Dios y nos hace sus enemigos y esclavos del demonio, nos entregamos sin remordimiento á todo género de culpas.

Si el tiempo me lo permitiese, yo recorrería ahora

las páginas de la Escritura Santa, y aunque es suficiente el ejemplo que hemos citado del modo como castigó en su Hijo el Eterno Padre, el pecado del hombre, os haría conocer los grandes estragos que ha experimentado la tierra y los terribles castigos que han experimentado muchas criaturas á causa del pecado.

En efecto, M. A. O., fijad vuestra vista en los días del patriarca Noé y vereis como un diluvio universal anega la tierra, porque toda carne había corrompido sus caminos. Fuego del cielo reduce á cenizas las cinco ciudades de Pentápolis, porque sus moradores se habían entregado á los más detestables vicios. ¿Por qué Absalón murió del modo más horroroso pendiente de un árbol en el que se enredó su cabellera? Por haberse revelado contra su padre David. ¿Por qué Saul perdió el trono y la vida? Por haber sido desobediente á Dios. ¿Por qué Heliodoro fué cruelmente azotado por un ángel hasta quedar casi exánime y sin vida? Por haber profanado el templo de Dios.

Tal vez me direis que en el día no se repiten tan terribles castigos: que ni diluvios anegan la tierra, ni el fuego del cielo consume las ciudades, ni los ángeles castigan á los profanadores de los templos. No es ciertamente, cristianos, porque desgraciadamente no se cometan hoy tantos crímenes como en aquellos tiempos, ni porque el pecado haya perdido nada de su gravedad: tan injurioso es ahora á los ojos de Dios como lo era entonces: es sí porque ya se ha verificado la Redención, y Jesucristo que un día se inmoló en la Cruz, hostia pura, santa é inmaculada por la salud del mundo, es de nuevo sacrificado diariamente sobre las



aras de nuestros altares, y lleno de amor, de aquel mismo amor que le hizo revestirse de nuestra carne para padecer en ella, y redimirnos con la efusion de su divina sangre, ruega incesantemente á su Eterno Padre á fin de que se apiade de nosotros, y fije su vista no en nuestros pecados sino en su sacrificio, renovado diariamente aunque de un modo incruento en nuestros altares. Ved aquí, la causa de esa misericordia que el Señor usa con nosotros. Lleno de bondad nos espera, pero cuando hemos resistido á su gracia; cuando hemos cerrado nuestros oídos para no escuchar su voz, que dirige á nosotros por el órgano de sus ministros; cuando resistimos á sus inspiraciones, y gustosos permanecemos en el pecado, sin querer acudir á las saludables aguas de la penitencia, entonces nos deja de su mano, quedando espuestos á que se cumpla en nosotros aquella terrible sentencia: *Yo me voy y aunque despues me busqueis, morineis en vuestro pecado* (1). ¿Y habremos de dar lugar á que tan terrible sentencia se cumpla en nosotros? ¿Viviremos por mas tiempo espuestos á perder miserablemente un alma rescatada por Jesucristo á costa de tantos tormentos y de una muerte tan cruel?

No, hermanos amadísimos: no resistamos por mas tiempo á la divina gracia: no obrémos como si hubiésemos renunciado á la razon, don precioso que el Señor se ha dignado concedernos para que sepamos distinguir entre el bien y el mal. Verdad es, que mil enemigos conspiran contra nuestra felicidad eterna, trabajando de consuno por hacernos caer en el pecado. El demonio, interesado en nuestra ruina, trabaja por hacer dirigir nuestros pasos por las sendas del

(1) Ego vado, et queritis me: et in peccato vestro moriemini. Joan. cap. VIII, v. 21.

error: el mundo á su vez trata de deslumbrarnos con el seductor aparato de sus grandezas, y aplica á nuestros lábios, aunque en dorada copa, deleites que envenenan nuestra alma; y nuestras pasiones, que sostienen una guerra continuada contra nuestro espíritu, nuestra carne enferma, però compañera de la que no podemos separarnos, es tambien otro enemigo formidable que conspira contra nuestra tranquilidad y nuestra virtud. ¿Y qué no habrá un remedio capaz de neutralizar tan terribles males? Si, mis hermanos: la correspondencia á la divina gracia que el Señor á todos nos concede, y que aumenta progresivamente á medida de nuestra correspondencia, la continua presencia de Dios, y la atenta consideracion de la gravedad del pecado mortal. Podreis por medio de la mala fé, por la transgresion de la divina ley, en una palabra, por el pecado, subir á elevados puestos, disfrutar grandes riquezas, y aun adquirir estimacion entre las gentes: pero ¿qué os oprovecha todo esto si perdiéseis vuestra alma? *Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?*

Pero ya que hemos visto la gravedad del pecado mortal, dediquemos el tiempo de que aun podemos disponer en hablar de las penas del pecado, cuya materia dará asunto á la

## SEGUNDA PARTE.

A mí, señores, el mas pequeño, el último de los ministros de Dios, el mas indigno entre aquellos á quienes el Señor se complace en llamar, no siervos, sino amigos, se me ha confiado una gran mision, la de evangelizar entre vosotros las misericordias del



Señor: la de anunciaros el reino de los cielos, haciéndoos conocer los medios de alcanzarlo, y anatematizando los vicios y los errores que pueden privar de conseguir tanta felicidad. Falto de elocuencia, os diré con San Pablo, que solo he deseado y deseo predicar á Jesucristo y este crucificado (1): esto es suficiente para que conozcais la caridad de nuestro Redentor que sobrepaja todo entendimiento, para que seais llenos de la plenitud de Dios (2). Lléname de consuelo y dulcifica mis tareas el observar la devoción y el recogimiento con que escuchais, no al hombre, sino á Jesucristo que os habla por mi ministerio.

¿No es cierto, mis hermanos amadísimos, que deseais sea para vosotros fructuosa la preciosa sangre vertida por el Redentor? ¿No lo es, que estais decididos á no dejar pasar este santo tiempo de Cuaresma sin purificar vuestras almas en el santo tribunal de la Penitencia? Así lo creo, y para mas haceros decidir os he hecho ver toda la gravedad del pecado mortal, para que procureis detestarlo y aborrecerlo.

Es indudable que Dios puede cortar el hilo de nuestra vida y arrojarnos en el infierno en el momento en que cometemos un pecado. El hombre es un poco de polvo de la tierra, y su Criador puede reducirle á cenizas con mas libertad que el alfarero puede romper la vasija que confecciona. Sin embargo, el hombre peca, y al pecar se rebela contra Dios, convirtiéndose en enemigo suyo, y el Señor lejos de destruirle, como le ama estraordinariamente, le espera y le llama, valiéndose de diversos medios para

(1) I ad Cor. cap. II, v. 2.

(2) Ad Ephes. cap. III, v. 18 y 19.

atraerle de nuevo á su redil. En la parábola del Hijo pródigo vemos la alegría del Señor cuando un pecador conociendo su error se convierte y pide misericordia. Las calamidades públicas que nos arrebatan el sosiego, las enfermedades contagiosas que de vez en cuando aparecen para diezmar los pueblos, las pérdidas de bienes que experimentamos, todo es efecto de la misericordia del Señor, que se sirve de estos medios para que procuremos expiar nuestras faltas por un sincero arrepentimiento, abriendo los ojos al conocimiento de la verdad. Las inspiraciones, los remordimientos de nuestra propia conciencia son tambien otras gracias por medio de las cuales se propone obrar nuestra conversion.

No sé comprendé que cristianos que tienen fé, que oyen de continuo la divina palabra, vivan en el mas lamentable descuido y permanezcan contentos con una conciencia manchada por el pecado. ¿Habeis considerado, M. A. O., las penas del pecado? Yo os las diré en breves palabras. El infierno donde los condenados padecen penas eternas: el infierno donde no hay redencion. Hombres pecadores, los que os haceis sordos á los divinos llamamientos, gozad en buen hora de esos bienes mundanos en los que teneis fijo vuestro corazon; acercad á vuestros labios la copa de los deleites; apurad todos los placeres y dormios tranquilos en el inmundo lecho de vuestros crímenes. Tan solo os diré: sois viadores en el mundo: todos esos encantos durarán cuatro dias: muy en breve vendrá la muerte que cortará el hilo de vuestra vida: entonces os abandonará ese mundo que tanto amais: dejareis por fuerza esos bienes, esa grandeza, esa posicion que os engrie, y pasareis á otra region, por-



que sois inmortales, porque tenéis un alma que no está sujeta á descomposicion como el cuerpo. ¿Y sabéis que os espera en aquella region? Muerte eterna: padecimientos que nunca acabarán en el infierno: ¿Y sereis tan insensatos, que á desgracia de tal tamaño os espongaís tan solo por gozar cuatro dias de delicias y placeres?

Yo os conjuro, mis hermanos, á que mireis por vuestra salvacion, á que no dejeis pasar estos dias de salud, sin que volvais á Jesucristo, del que vivís apartados por el pecado. La Iglesia, madre cariñosa y solícita por nuestro bien, hace los mayores esfuerzos á fin de conseguir vuestra salvacion. ¿Sabéis si volveréis á escuchar la divina palabra? ¿Sabéis si cuando llegue la Cuaresma próxima habreis sido borrados del número de los vivientes? Procurad, pues, y procuremos todos aprovechar este tiempo que benignamente nos concede el Señor, y que ya hemos visto y considerado la gravedad del pecado mortal, así como sus terribles penas, hagamos firme propósito de no caer en adelante y de reconciliarnos con nuestro amabilísimo Redentor, lavándonos de nuestras pasadas infidelidades en el santo tribunal de la penitencia, y en señal de que así lo haremos, de que nuestro arrepentimiento es sincero y verdadero, postrémonos humildes y contritos á los piés de nuestro Salvador amorosísimo, y digámosle de lo íntimo de nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo, etc.*

SOBRE

## SERMON

## EL PELIGRO DE DILATAR LA CONVERSION.

*Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subito enim veniet ira illius, et in tempore vindictae disperdet te.*

No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de dia en dia: porque su ira vendrá de improviso y en el tiempo de la venganza te perderá.

Eccli. cap. V, v. 8 y 9.

Si abrimos, M. A. O., las páginas de la Escritura Santa y las leemos con detenimiento, veremos que en todos los siglos ha sido muy corto el número de los justos, comparado con el de los pecadores, y esta es la razon por la cual el Evangelista San Mateo nos dice que son muchos los llamados y pocos los escogidos: *Multi sunt vocati, pauci vero electi*. En efecto; fijad vuestra atencion en los dias del universal diluvio y vereis que cuando aquel terrible castigo hizo perecer á toda carne, solo Noé y los de su familia fueron hallados justos: mas adelante cuando el fuego del cielo redujo á cenizas las cinco ciudades de Pentápolis, no habia en ellas mas de cuatro justos, que